



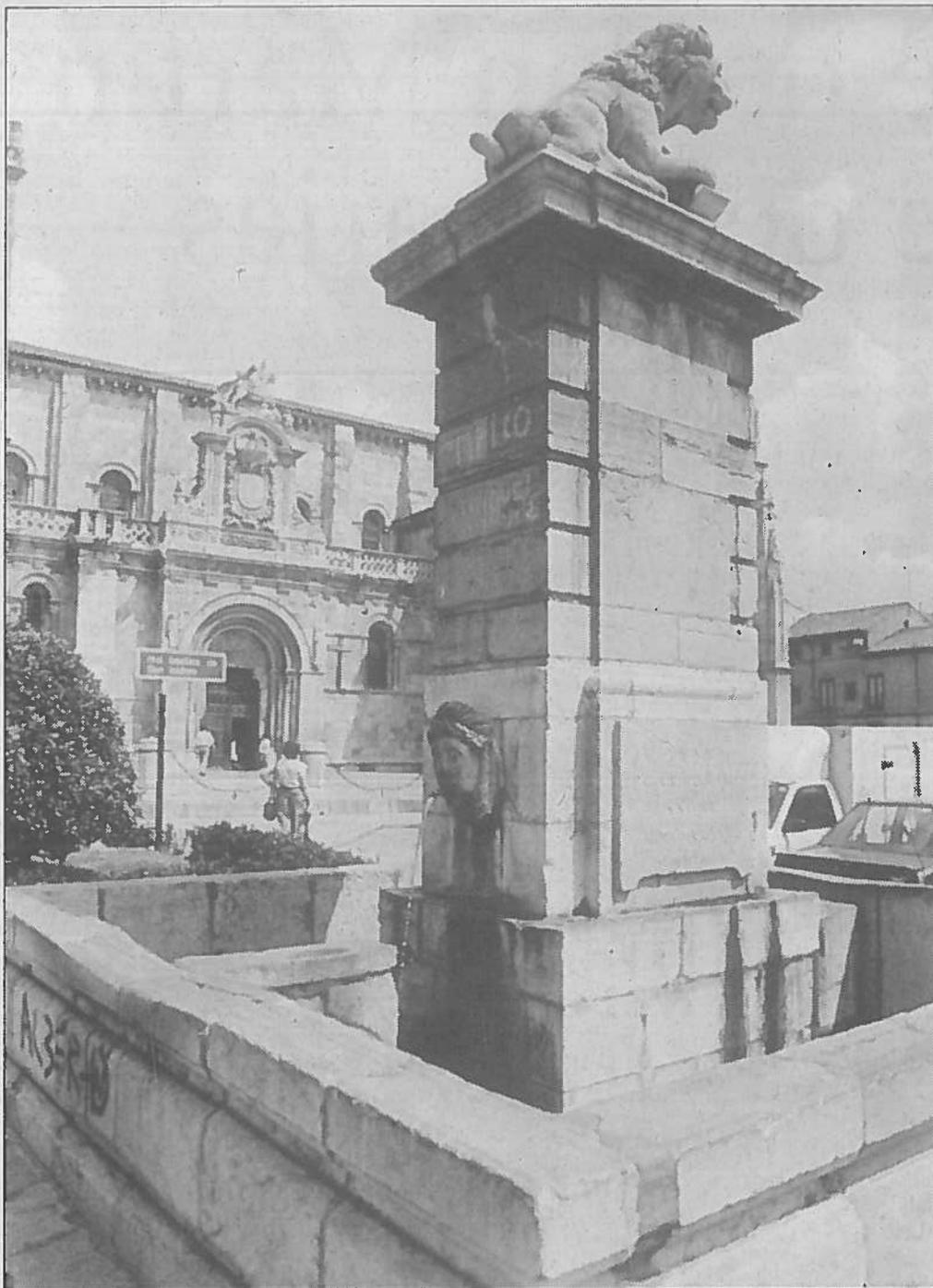
Fuente de San Isidoro

Javier Caballero Chica

BUENAS noches.
Este entrañable rincón de la ciudad de León evoca en mi memoria recuerdos cálidos de infancia y madurez. Toda mi vida, directa o indirectamente, ha estado vinculada a la Plaza de San Isidoro. Colegio, Colegiata y Fuente era una trilogía que marcaba el acontecer de unos jóvenes necesitados de nuevas experiencias visuales.

Plaza de San Isidoro o de San Isidro, pues el hombre del sabio y santo obispo de ambas maneras se ha dicho. El Romancero del Cid dice San Isidro, y la copla popular canta:

*Antes que yo te olvide, León querido,
ha de cantar el gallo de San Isidro.*



Se llamaba calle de Santisidro a la actual calle del Cid, que arrancaba del Cristo de la Victoria y terminaba en la casa de los Ceas. Un documento conservado en la Colegiata de San Isidoro, enviado por los Reyes Católicos al abad Don Juan Alvarez de Valdesalco, otorga al Monasterio una plaza para honrarlo y ennoblecerlo. Precedente a esta decisión, fue la concesión de Doña Sancha Raimúndez, hermana del emperador Alfonso VII, al prior Martín Muñoz y a su convento de San Isidoro, de una presa que nacía en el término de San Feliz de Torío, convirtiéndose esta generosa y abundante agua en la salvadora de las necesidades monacales.

Agua medieval, agua del Torío,

benefactora de remedios ancestrales y reseña de gruesos muros románicos, muestra tu poder y continúa tu camino hacia el Sur.

Con el transcurso de los años y para darle mayor relevancia y notoriedad a este emblemático lugar, Carlos III manda construir en 1787 la fuente de San Isidoro.

Colocada en un primer momento en el centro de la plaza, delante de los ábsides y después en el lugar que actualmente ocupa, vino a paliar las necesidades de ornamentación y salubridad que León necesitaba.

Frescor del peregrino, descanso del clérigo y juego del estudiante se hicieron habituales en su entorno. Acontecer

diario en esos chorros cargados de limpieza e ilusión. Sometimiento al desasosiego y pureza del alma. No solamente el componente de necesidad hacía útil la instalación de una emanación eterna, sino más allá de las fronteras de lo físico un componente espiritual embriagará toda la ciudad envuelta en esa campana de frescor.

Las aguas poco saludables que tenía León a mediados del siglo XVIII dan paso al origen de la vida, al germinar, al comienzo. Es un nuevo amanecer donde todo se torna más apacible y nítido. Ya no será un mundo de sombras y torpezas bañado por la bacteria impía. No, ya no. El camino se muestra largo y frondoso donde tiene lugar la esperanza.

Desde que Don Andrés Rodríguez, fontanero de su Majestad, se hizo cargo de la conducción de aguas de las nueve fuentes de León, hasta su finalización, innumerables trabas aparecieron. Pero las gacetas de la ciudad iban dando cuenta de las distintas inauguraciones de las fuentes.

Como oasis en el desierto o refugios en la montaña, las fuentes ejercían su Derecho Natural de salud y ornamentación. Y hablando de ornamentación, la fuente de San Isidoro es noble, es culta, es de clase alta, su pureza llega a límites exacerbados, donde el clasicismo de Calícrates culmina una acción extremadamente aséptica. Las nuvas tendencias borbónicas habían acercado ese Neoclasicismo a la vida cotidiana. Atrás quedaba el desgarramiento de la forma, el llanto rítmico y el sufrimiento sin límite. Casi como una pre-

monición, el nuevo discurso artístico anunciaba un despertar urbanístico.

Claridad sin mancha, disponibilidad espacial, acercamiento en la forma, todo ello confluirá en una sola idea: *el hombre*. El hombre como adaptador y manipulador de la realidad cotidiana. Pudiendo y pudiente, adecuándose en cada momento a sus propias necesidades. Los viejos recuerdos quedan guardados en esas noches frías y enfermas, en esos ríos gélidos donde el hombre parecía un intruso, en esas lejanas colinas donde los tambores sonaban a peste. El nuevo concepto ha venido y con él toda la fantasía y la gloria que esta admirable fuente pueda guardar en su memoria de piedra y agua.